

Johann Philipp Gabler (1753–1826)

**UNA DISERTACIÓN SOBRE LA ADECUADA DISTINCIÓN
ENTRE TEOLOGÍA DOGMÁTICA Y TEOLOGÍA BÍBLICA
Y LOS OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE CADA UNA.**

Que fue dado el 30 de marzo de 1787, por el Maestro Johann Philipp Gabler como parte del trabajo inaugural del Professor Ordinarius de Teología en la Alma Mater.

Magnífico Señor, Rector de la Academia;
generosísimo Señor prefecto de este pueblo y área circundante;
reverendísimos, doctísimos, experimentadísimos y estimadísimos hombres;
excelentísimos y celeberrimos profesores de todas las facultades;
patronos del Colegio, unido en apoyo de ustedes;
y ustedes, estudiantes, un selecto grupo con respeto a su nobleza tanto de virtud como de familia;
esplendidísima y dignísima audiencia de todas las facultades:

Todos los que están dedicados a la sagrada fe de la Cristiandad, dignísimos oyentes, profesan a una sola voz que los libros sagrados, especialmente del Nuevo Testamento, son la única clara fuente de la cual se saca todo verdadero conocimiento de la religión cristiana. Todos ellos profesan también que estos libros son el único santuario seguro al cual podemos escapar frente a la ambigüedad y la vicisitud del conocimiento humano, si aspiramos a una sólida comprensión de materias divinas y si deseamos obtener una firme y cierta esperanza de salvación. Dado este acuerdo de todas estas opiniones religiosas, ¿por qué entonces surgen estos puntos de contienda? ¿Por qué estas fatales discordancias de las distintas sectas? Sin duda esta disensión surge en parte de la oscuridad ocasional de las mismas Sagradas Escrituras; en parte de aquella costumbre depravada de leer uno sus propias opiniones y juicios dentro de la Biblia, o de una manera servil de interpretarla. Sin duda la disensión surge también de la olvidada distinción entre religión y teología; y finalmente surge de una inapropiada combinación de la simplicidad y facilidad de la teología bíblica con la sutileza y dificultad de la teología dogmática.

Seguramente es el caso de que los libros sagrados, sea que miremos a las palabras solas, sea a los conceptos que ellas comunican, están frecuentemente y en muchos lugares velados por una profunda oscuridad – y esto se demuestra fácilmente; porque una cosa es que ella sea evidente en si misma y otra es que una multitud de trabajos exegéticos inútiles la proclame. Las causas de este estado de cosas son muchas: primero la naturaleza misma y la calidad de materias transmitidas en estos libros; segundo, la rareza de las palabras individuales y del modo de expresión en conjunto; tercero, la manera de pensar detrás de épocas y costumbres muy diferentes de las nuestras; cuarto y por último, la ignorancia de mucha gente sobre la manera adecuada de interpretar estos libros, ya sea debido a las características

antiguas del texto en conjunto o al lenguaje particular de cada autor escriturístico. Pero ante esta audiencia es de poca importancia describir cada una y una por una estas causas, ya que es obvio que la oscuridad de las Sagradas Escrituras, sea cual sea su fuente, debe dar origen a una gran variedad de opinión. Tampoco es necesario hablar por fin del desafortunado colega que incautamente se atrevió a atribuir algunas de sus opiniones más insustanciales a los mismos escritores sagrados – ¡cuánto aumentó él la infeliz fortuna de nuestra religión! Puede haber incluso algunos como él que querrían solidificar la espuma de semejantes opiniones alrededor de los autores sagrados, pues es algo que le da apariencia divina a sus ideas humanas. Aquellos completamente incapaces de interpretar correctamente deben infligir inevitablemente violencia sobre los textos sagrados; en verdad observamos incluso que a menudo los más sabios y experimentados intérpretes se desvían tanto del camino que independientemente de las leyes de la correcta interpretación, gratifican su propia ingenuidad por su propia cuenta. Y no pensemos pues que es conveniente y legítimo que estos que usan las palabras sagradas saquen lo que les plazca de su contexto en las Sagradas Escrituras; pues sucede una y otra vez que cuando ellos se adhieren a las palabras y no ponen atención al modo de expresión particular de los escritores sagrados, expresan otra cosa distinta del verdadero sentido de los autores. Y si ellos siguen usando metáforas cuando el contexto pide nociones universales, entonces pueden persuadirse a si mismos de decir que algún sentido que ellos atribuyeron a los textos sagrados en primer lugar, realmente sale de los textos sagrados.¹

Otra causa de discordia, una muy seria, es la olvidada distinción entre religión y teología; ya que si algunas personas aplican a la religión lo que es propio de la teología, es fácil entender que habría espacio enorme para las más agudas diferencias de opinión, y estas diferencias serán aún más destructivas porque cada uno de los que toma parte en la disputa rendirá sólo con gran aversión lo que él considera perteneciente a la religión. Sin embargo, después del trabajo de Ernesti, Samler, Spalding, Toellner, y otros, muy recientemente el venerable Tittmann² nos ha mostrado brillantemente que hay una diferencia considerable entre religión y teología. Ya que, si se me permite citar a este excelente erudito, la religión es sobrepasada por la doctrina que se encuentra en las Escrituras, enseñando lo que cada cristiano debe saber y creer y hacer para asegurar la felicidad en esta vida y en la vida por venir. La religión es, pues, conocimiento diario transparentemente claro; en cambio la teología es conocimiento sutil, erudito, rodeado por un séquito de muchas disciplinas, y por el mismo signo, derivado no sólo derivado de la Sagrada Escritura sino también de otras partes, especialmente, del dominio de la filosofía y la historia. Ella es por consiguiente un campo elaborado por la disciplina humana la ingenuidad. Es también un campo que es anticipado por una observación cuidadosa y discriminante, que experimenta diferentes cambios junto con otros campos. La teología no tiene que ver sólo con cosas propias de la religión cristiana, sino también explica cuidadosa y completamente todas las materias conexas; y finalmente hace un lugar para ellas con la sutileza y el rigor de la lógica. Pero la religión para el hombre común no tiene nada que ver con esta abundancia de literatura y de historia.

¹ Lo mejor que puede leerse en relación a esto son las verdaderas y eruditas observaciones emitidas por el difunto inmortal J.A. Ernesti en su erudita obra *Pro grammatica interpretatione librorum sacrorum y De vanitate philosophantium in interpretatione librorum sacrorum*, en *Opuscula Philologica* (2da. ed., Leiden, Luchtman, 1764) 219-32 y 233-51; y el muy distinguido Morus en *Prolus. de discrimine sensus et significationis in interpretando* (Leipzig, 1777).

² C.C. Tittman, *Progr(amm) de discrimine theologiae et religiones* (Wittemberg, 1782).

Pero esta triste y desafortunada diferencia de opinión ha existido siempre y, ¡ay!, siempre estará asociada con esa prontitud para mezclar completamente cosas diversas, por ejemplo, la simplicidad de lo que ellos llaman teología bíblica con la sutileza de la teología dogmática; aunque ciertamente me parece que la una debe ser más agudamente distinguida de la otra que lo que hasta ahora ha sido práctica común. Y lo que me gustaría establecer aquí es la necesidad de hacer esta distinción y del método que se ha de seguir. Esto es lo que yo he decidido exponer en este breve discurso mío en cuanto la debilidad de mis capacidades lo permite y en cuanto puede hacerse. Por consiguiente, honradísimos oyentes de todas las facultades, yo pido fuertemente su indulgencia. Sírvanse concederme oídos y mentes abiertos y tengan la bondad de seguirme mientras me aventuro a considerar estas materias cada vez más importantes. Yo pido y solicito a cada uno de ustedes su atención en cuanto sea necesario para que yo pueda decir lo que pienso (expresarme) lo más claramente posible.

En verdad hay una teología bíblica, de origen histórico, que comunica lo que los escritores sagrados sintieron acerca de materias divinas: por otra parte, hay una teología dogmática, de origen didáctico, que enseña lo que cada teólogo filosofa racionalmente acerca de las cosas divinas, según la medida de su habilidad o de las veces, edad, lugar secta escuela y otros factores similares. La teología bíblica, en cuanto es adecuada para argumento histórico, está siempre de acuerdo consigo misma cuando es considerada en si misma - aunque incluso la teología bíblica cuando es elaborada por una de las disciplinas puede ser formulada de una manera por unos y de otra por otros. Pero la teología dogmática está sujeta a multiplicidad de cambios junto con el resto de las disciplinas humanas; una constante y perpetua observación sobre muchos siglos nos muestra esto de sobra. ¡Cuán enormemente difieren las iglesias de los eruditos de los primeros comienzos de la religión cristiana!; ¡cuántos sistemas atribuyeron los padres a cada variedad de era o de trasfondo! Pues la historia enseña que hay una cronología y una geografía para la teología misma. ¡Cuánto difiere la teología escolástica de la Edad Media, cubierta con las densas tinieblas de la barbaridad, de la disciplina de los padres! Incluso después que la luz de la doctrina de la salvación habla emergido de estas sombras, cada punto de diferencia en teología fue tolerado incluso en la iglesia purificada, si se me permite referirme a las facciones Sociniana y Armeniana. O si puedo referirme a la sola iglesia luterana, la enseñanza de Chemnitz y Gerhard es una cosa, la de Calov otra, la de Museus y Baier otra, la de Budde otra, la de Pfaff y Mosheim otra, la de Baumgarten otra, la de Carpov otra, la de Michaelis y Heilmann otra, la de Walch y Carpzov otra, la de Semler otra, y la de Doederlein finalmente otra. Pero los escritores sagrados seguramente no son tan cambiantes que ellos deberían de este modo ser capaces de asumir estos diferentes tipos y formas de doctrina teológica. Lo que yo no desearía que se dijera, sin embargo, es que todas las cosas en teología deberían ser consideradas inciertas o dudosas o que todas las cosas deberían ser admitidas según la sola voluntad humana. Pero (dejen) que las cosas que hemos dicho hasta ahora tengan este valor: que distingamos cuidadosamente lo divino de lo humano, que establezcamos alguna distinción entre teología bíblica y dogmática, y después que hayamos separado aquellas cosas de los libros sagrados que se refieren muy inmediatamente a sus propios tiempos y a los hombres de aquellos tiempos, de aquellas nociones puras que la divina providencia quiso que fueran características de todos los tiempos y lugares; construyamos el cimiento de nuestra filosofía sobre la religión y diseñemos con cuidado los objetivos de la sabiduría divina y humana. Exactamente así nuestra teología se hará más cierta y más firme, y no habrá nada más que temer para ella del salvajísimo ataque de sus enemigos. El difunto profesor Zacarías hizo

esto muy hábilmente,³ pero yo difícilmente (apenas) necesito recordarles a ustedes el hecho de que él dejó algunas cosas para que los otros corrigieran, definieran más correctamente y ampliaran. Sin embargo, todo se resume en esto, que por una parte nosotros nos aferremos firmemente a un método justo para dar cuidadosamente forma a nuestras interpretaciones sobre los autores sagrados; por otra parte, que establezcamos correctamente el uso en dogmática de estas interpretaciones y los objetivos propios de la dogmática.

La primera tarea en esta materia tan seria es reunir cuidadosamente las ideas sagradas y, si ellas no están expresadas en las Sagradas Escrituras, formémoslas nosotros mismos de pasajes que comparamos entre sí. Para que la tarea proceda productivamente y para que nada sea hecho temerosamente o con parcialidad, es necesario usar completa cautela y prudencia en todo sentido. Antes que todo lo demás, lo siguiente tendrá que ser tenido en cuenta: en los libros sagrados están contenidas las opiniones no de un solo hombre ni de una y la misma era o religión. Sin embargo todos los escritores son hombres santos y están revestidos de autoridad divina; pero no todos dan testimonio de la misma forma de religión; algunos son doctores del Antiguo Testamento de los mismos elementos que Pablo mismo designaba con el nombre de ‘elementos básicos’; otros son del más nuevo y mejor Testamento Cristiano. Y así los autores sagrados, por más que los debemos tratar con igual reverencia a causa de la divina autoridad que ha sido grabada sobre sus escritos, no pueden ser considerados todos en la misma categoría si nos estamos refiriendo a su uso en dogmática. Ciertamente yo no sugeriría que la propia inteligencia nativa de un hombre santo y su manera natural de conocer las cosas son destruidas del todo por la inspiración. Finalmente, ya que especialmente en este contexto se pregunta después lo que cada hombre sintió acerca de las cosas divinas (esto puede ser entendido no de ninguna apelación tradicional a autoridad divina sino de sus libros). De todas maneras yo deberla juzgar suficiente el que nosotros no aparezcamos admitiendo nada que carezca de alguna prueba. Yo deberla juzgar también que cuando es un caso del uso en dogmática de ideas bíblicas, entonces no tiene ninguna importancia bajo qué autoridad escribieron estos hombres. sino lo que ellos percibieron en esta ocasión de inspiración divina claramente transmitida y lo que ellos percibieron eso finalmente significaba. Siendo este el caso es necesario que, a menos que queramos trabajar inútilmente, distingamos entre cada uno de los periodos del Antiguo y del Nuevo Testamento, entre cada uno de los autores y cada manera de hablar que cada uno usó, como una reflexión de tiempo y espacio, ya sean estas maneras sea históricas, didácticas o poéticas. Si abandonamos este camino recto, a pesar de que es molesto y de poco deleite, sólo puede resultar que nos quedemos divagando en alguna desviación o incertidumbre. Por consiguiente debemos recolectar cuidadosamente y clasificar cada una de las ideas de cada patriarca – Moisés, Zacarías, Ageo, Malaquías y el resto; y por muchas razones nosotros deberíamos incluir los libros apócrifos para este mismo propósito; también deberíamos incluir las ideas del período del Nuevo Testamento, las de Jesús, Pablo, Pedro, Juan y Santiago. Sobre todo, este proceso se realiza en dos sentidos: uno es el de la legítima interpretación de pasajes pertinentes a este procedimiento; el otro es la legítima comparación de las ideas de todos los autores sagrados entre sí.

³ G.T. Zachariae en su notable obra *Biblishe Theologie* (5 vols.; Göttingen y Kiel, 1771, 1772, 1774, 1775, 1786).

El primero de los dos implica muchas dificultades.⁴ Puesto que no sólo debemos considerar aquí el problema lingüístico del lenguaje que estaba en uso entonces, que en el Nuevo Testamento es tanto greco-hebreo como el griego vulgar de la época; también debemos considerar aquello que es particular de cada escritor; esto es, los usos del significado que una palabra particular puede tener en un determinado lugar si ese significado es más amplio o más estrecho. También deberíamos agregar la razón de la divergencia de estos usos y explicar, si es posible, el significado común en el que varios momentos de la misma palabra concurren.⁵ Debemos también investigar el poder y la razón del significado mismo; lo que es la idea primaria de la palabra, y lo que es mera adición a ella. Pues el intérprete que está prevenido no debe detenerse escasamente en la idea primaria de la palabra, sino debe también tener en cuenta la idea secundaria que ha sido agregada a ella ya sea a través de un prolongado uso o a través de la ingenuidad o mediante el uso erudito de la palabra, y aun procediendo así, uno puede hacer ciertamente los más egregios desatinos. No forjemos mediante la aplicación de tropos nuevos dogmas en los cuales los autores mismos nunca pensaron. No sólo en los libros proféticos o poéticos sino también en los escritos de los apóstoles hay a menudo usos impropios de palabras que deberían ser atribuidos a una abundancia de genio o al uso tradicional de adversarios, o al uso de palabras que era familiar a los primeros lectores.⁶ Hasta ahora esto se hace principalmente cuando estamos comparando cuidadosamente muchas opiniones del mismo autor, como Pablo; al comparar muchas cosas y palabras, nosotros reducimos a una idea y cosa los muchos pasajes que, a pesar de que están expresados de diversa manera, muestran el mismo significado. Recientemente Morus⁷ mostró e ilustró todo esto de una manera distinguida -un hombre muy grande cuya reputación es su monumento. Finalmente, uno debe distinguir adecuadamente si el apóstol está diciendo sus propias palabras o las de otros; si está movido sólo a describir alguna opinión o a probarla en verdad; y si él quiere hacer esto último, ¿repite él el argumento de la naturaleza básica de la doctrina de salvación, o de los refranes de los libros del Antiguo Testamento, acomodándolos incluso al sentido de los primeros lectores? Pues aunque las opiniones de los Apóstoles merecen nuestra confianza, de modo que podemos fácilmente seguir adelante sin alguna parte de su argumento, los primeros lectores querían no obstante las pruebas que fueran apropiadas a su propio sentido y juicio. Por consiguiente, es de gran interés si el Apóstol propone alguna opinión como una parte de doctrina cristiana o alguna opinión que está amoldada a las necesidades del tiempo, lo cual debe considerarse simplemente como premisas, como las llaman los lógicos. Si nosotros nos mantenemos correctamente en todas estas cosas, entonces en verdad obtendremos las verdaderas ideas sagradas particulares de cada autor; ciertamente no todas las ideas, pues no hay sitio para todo en los libros que han llegado a nosotros, pero al menos aquellas ideas que la oportunidad o la necesidad de escribir hablan formado en sus almas. Sin embargo, hay un número suficiente de ideas, y usualmente de tal naturaleza que aquellas que han sido omitidas pueden ser deducidas sin dificultad, si constituyen un único principio de

⁴ El fallecido Profesor Ernesti nos advirtió del problema con su habitual distinción en sus dos obras *De difficultatibus N.T. recte interpretandi* y *De difficultate interpretationis grammatica N.T.*, en *Opuscula Philologica*, 198-218 y 252-87.

⁵ Aquel excelente caballero, S.F.N. Morus, en su *Prolus. de nexu significationum eiusdem verbi* (Leipzig, 1776), nos mostró cuánta precaución debe observarse al interpretar la relación entre significados de la misma palabra.

⁶ El distinguido J.A. Noesselt hizo esto en su *Disp. de discernenda propria in tropica dictione* (Halle, 1762).

⁷ Aquel gran hombre trató el tema primeramente en su *Disp. de notionibus universis in Theologia* y luego en su *Prog. de utilitate notionum universarum in Theologia* (Leipzig, 1782).

opinión expresamente declarado, o si ellas están conectadas a las ideas que son afirmadas en alguna manera necesaria. Este proceso, sin embargo, requiere considerable cautela.

En este punto, debemos continuar con la otra parte de la tarea, es decir, una cuidadosa y sobria comparación de las distintas partes atribuidas a cada testamento. Entonces, con Morus, el mejor de los hombres, como nuestro guía, cada opinión debe ser examinada indagando sus ideas universales, especialmente aquellas que son expresamente leídas en este o aquel sitio de las Santas Escrituras, pero según esta regla: que cada una de las ideas sea congruente con su propia época, su propio testamento, su propio lugar de origen, y su propio genio. Cada una de estas categorías que es distinta en causa de las otras debería ser mantenida separada. Y si esta nota de precaución es ignorada, puede suceder que el beneficio de las ideas universales dará vía a la peor especie de daño a la verdad, y hará inútil y destruirá todo el trabajo que hubiere sido realizado de aislar diligentemente todas las opiniones de cada autor. Si, por el contrario, esta comparación con la ayuda de las nociones universales es establecida de tal manera que el trabajo propio de cada autor permanezca intacto y se revela claramente en qué están de acuerdo los autores en forma amigable o en dónde difieren entre sí; entonces finalmente allí será la aparición de la teología bíblica, pura y sin mezcla de cosas extrañas, y nosotros por fin tendremos para la teología bíblica el tipo de sistema que Tiedemann elaboró con tanta distinción para la filosofía estoica.

Cuando estas opiniones de los hombres santos hayan sido cuidadosamente extractadas de la Santa Escritura y convenientemente organizadas, cuidadosamente referidas a las nociones universales y cautelosamente comparadas entre si, puede establecerse provechosamente la cuestión acerca de su uso dogmático, y pueden repartirse convenientemente las metas tanto de la teología bíblica como de la dogmática. Bajo este encabezamiento se deberla investigar con gran diligencia qué opiniones tienen que ver con el inmutable testamento de la doctrina cristiana, y por tanto nos atañen directamente; y las cuales son dichas sólo a hombres de alguna era o testamento particular. Pues entre otras cosas es evidente que el argumento universal dentro de los libros sagrados no está diseñado para hombres de cualquier clase; sino que la gran parte de estos libros está más bien restringida por la propia intención de Dios a un tiempo, lugar y clase de hombre particular. ¿Quién, pregunto yo, aplicarla a nuestros tiempos los ritos mosaicos que han sido invalidados por Cristo, o la opinión de Pablo acerca de las mujeres que *se velan a sí mismas en la iglesia*? Por consiguiente las ideas de la ley mosaica no han sido diseñadas para ningún uso dogmático, ni por Jesús y sus apóstoles ni por la razón misma. De la misma manera nosotros debemos investigar diligentemente lo que fue dicho en los libros del Nuevo Testamento como una acomodación a las ideas o a las necesidades de los primeros cristianos y lo que fue dicho en referencia a la inmutable idea de la doctrina de salvación; debemos investigar lo que en los dichos de los apóstoles es verdaderamente divino, y lo que son cosas puramente humanas. Y en este punto, finalmente la cuestión de los porqués de la *theopneustia* surge muy oportunamente. Esta materia, para estar seguros muy difícil, es deducida, al menos en mi opinión, incorrectamente más bien de los dichos de los apóstoles, en los cuales ellos hacen mención de una cierta inspiración divina, ya que estos pasajes individuales son muy oscuros y ambiguos. Sin embargo, debemos tener cuidado, si deseamos tratar estas cosas con razón y no con temor o prejuicios, no para forzar esos significados de los Apóstoles más allá de sus justos límites, especialmente ya que sólo los efectos de las inspiraciones y no sus causas, son percibidos por los sentidos. Pero si yo soy juez de algo, todo debe ser realizado únicamente mediante la obsevación exegética, y eso con cuidado constante, y comparado con las cosas dichas acerca de nuestro salvador y prometidas por él en esta materia. De este modo puede

establecerse finalmente si todas las opiniones de los apóstoles, de cada tipo y clase en conjunto, son verdaderamente divinas, o más bien si algunas de ellas, que no tienen ninguna conexión con la salvación, se debieron a su propia ingenuidad.

Así, después que estas cosas han sido adecuadamente observadas y cuidadosamente organizadas, al fin estará seleccionada una sagrada Escritura clara con apenas algunas lecturas dudosas, hecha de pasajes que son apropiados a la religión cristiana de todos los tiempos. Estos pasajes mostrarán con palabras ambiguas la forma de fe que es verdaderamente divina; los *dicta classica* propiamente así llamados, que pueden entonces ser expuesta como la base fundamental para un escrutinio dogmático más sutil. Pues sólo de estos métodos pueden individualizarse aquellas ideas universales ciertas e indudables que por sí mismas son útiles en teología dogmática. Y si estas nociones universales son derivadas por una justa interpretación de aquellos *dicta classica*, y aquellas nociones que son derivadas son cuidadosamente comparadas, y esas nociones que son comparadas son organizadas convenientemente, cada una en su lugar, de manera que la adecuada conexión y orden probable de doctrinas que son verdaderamente divinas puedan tener el valor de reveladas, entonces ciertamente el resultado es la teología bíblica en el sentido más estricto de la palabra, lo cual sabemos fue el objetivo que el difunto Zacarías persiguió en la preparación de su bien conocido trabajo. Y finalmente, a menos que queramos seguir argumentos inciertos, debemos entonces construir sobre estos cimientos firmemente establecidos de la teología bíblica, tomados de nuevo en el sentido más estricto como arriba, una teología dogmática adaptada a nuestros tiempos. Sin embargo, la naturaleza de nuestra época nos pide con urgencia que enseñemos entonces acertadamente la armonía de dogmática divina y los principios de la razón humana; entonces, mediante el arte y la ingenuidad por lo que esto pueda pasar, procedamos a elaborar así cada uno de los capítulos de la doctrina, de modo que no falte ninguna abundancia en ninguna parte – ni sutileza, va sea en el adecuado orden de pasajes ya en el manejo correcto de los argumentos, ni elegancia en toda su gloria, ni sabiduría humana, sobre todo filosofía e historia. Así la manera y forma de la teología dogmática deberla ser variada, como lo es especialmente la filosofía cristiana,⁸ según la variedad de la filosofía y de cada punto de vista humano de aquello que es sutil, erudito, conveniente y apropiado, elegante y gracioso; la teología bíblica misma permanece igual, en aquello que tiene que ver sólo con aquellas cosas que los hombres santos percibieron acerca de asuntos pertenecientes a la religión, y no se ha hecho acomodar a nuestro punto de vista...

[El resto del discurso de Gabler no tiene que ver con teología bíblica sino con las formalidades cortes de la ocasión.]

⁸ J.G. Toellner, *Theologische Untersuchungen* (Riga, 1772) 1.264ss.